

EL RÍO DEL TIEMPO, por *Samuel A. Lillo*

No sin emoción abrimos este último libro de don Samuel Lillo, porque al evocar su nombre viene a nuestras mentes una vida intensa dedicada por sobre todas las cosas a la literatura, en la que el maestro ha permanecido en perpetua inquietud espiritual; ya en epopeyas que daban realce a nuestras tradiciones araucanas, o en sus versos empapados de la grandeza de nuestros paisajes, o en aquéllos dedicados a los humildes en un afán de vindicación social, cuando éstos no eran aún perfiles señalados del temario poético, para entregarnos ahora producciones en que aflora su Yo dentro de esa sobriedad llena de gracia, que sólo se alcanza a través de una maduración serena, en las horas en que uno busca su refugio en sí mismo.

Y desde esta serenidad del árbol que ha bebido en todos los horizontes, que lo han besado los soles y lo han peinado las lluvias, va dejando caer sus poemas cuajados de una belleza interior, dentro de su forma de siempre: sencilla, sin malabarismos; porque nuestro poeta nunca buscó los caminos extraviados del verso para mantener su calidad superior.

Sus estrofas acusan una profunda y armoniosa subjetividad, y es así como empieza diciéndonos:

...llegué un día, con paso vacilante,  
junto al río del tiempo.

.....

Yo, sacudiendo el fardo de mis hombros,  
me sentí libre y levanté la frente;  
desgarré los harapos de mi traje  
y me arrojé desnudo a la corriente.

Y aunque no sepa a donde soy llevado,  
sé que una fuerza espiritual me arrastra;  
nuevo vigor mi corazón alienta  
y hay un lucero de esperanza en mi alma.

(«El río del tiempo»).

Y bajo este pórtico que nos lleva a adentrarnos en su libro, pasamos en puntillas, porque siempre que se ha de traspasar el umbral de un corazón hemos de sentirnos como desmaterializados.

Hombre de ensueños, sobre los cuales el tiempo no ha pasado su mano de brumas, espera al silencio para volcarse en él:

En la vaga penumbra de mi cuarto,  
tendido sobre el lecho,  
contemplando al través de los luceros  
con los gastados nervios en reposo,  
solo conmigo, me recojo y pienso.

(«Insomnio»).

Y en esta estampa de soledad material un espíritu se alza, se agiganta, llega hasta Dios, para hablarle de un sentimiento de liberación, cree poder alcanzar a través del apagamiento de su mundo sensorial:

Gracias, Señor, por la neblina incierta  
en que vas envolviendo mis miradas:

.....

Gracias, Señor, por el silencio grato  
con que vas aliviando mis oídos.

.....

Gracias por la creciente indiferencia  
en que vas sumergiendo mi existencia,  
por la serenidad consoladora  
con que mueves mi sangre en las arterias.  
Así no sentiré el desgarramiento  
de la carne en la angustia postrimera  
y mi cansado corazón ya exangüe,  
después de dar el último latido,  
como una alondra helada, dulcemente  
se quedará dormido.

(«Gracias, Señor»)

Pero el poeta bien sabe que sobre la carne está el espíritu, que si aquélla tiene a veces gritos de cansancio éste mantiene siempre su gesto de bandera; en «Mi huerto» lo expresa:

... iré a labrar mi huerto,  
a sembrarlo de nuevo  
y a cuidarlo mejor.

.....

... Yo abriré un nuevo surco  
blando y acogedor,  
de cuyo seno tierno  
permitirá el Señor  
que surjan nuevos brotes  
de esperanza y amor.

(«Mi huerto»)

Y con alas internas desplegadas va don Samuel Lillo por el espacio sin dimensiones, con esa pujanza que da la riqueza de una fecunda vida interior.

Y sus recuerdos, los niños, sus amigos, las pequeñas grandes cosas que nos rodean, reviven junto al «Río del tiempo»,

en un clima de suave emoción para asomarnos al final de sus páginas sobre «Su último anhelo»:

...Hoy que serenamente he concluído  
este duro trabajo de vivir,  
sólo quiero volver a mi querido  
suelo del viejo Arauco en que nací.

Y junto al mar que fué mi compañero,  
en cuya playa niño retocé,  
ir a dormir mi sueño postrimero  
bajo la heroica tierra que canté.

Si bien este poema encierra el justo deseo de un hombre colocado dentro del tiempo, no lo admitimos para don Samuel Lillo, quien, por su obra y la frescura de su espíritu, se ha mantenido y se mantiene en sus márgenes.—MILA OYARZÚN.



#### LITERATURA PARA NIÑOS

La editorial Zig-Zag ha emprendido, hace años, la importante misión publicitaria de literatura infantil. Hemos leído, recientemente, «Lautaro, Joven Libertador de Arauco», de Fernando Alegría, y «Mejores Versos para Niños», selección, en segunda edición, de María Romero.

El libro de Alegría es una biografía deliciosa trazada con fervor de tierra y mano diáfana de poeta. La historia se entrecruza con la imagen y, así, a golpes de pura luz, surge el héroe como una emanación natural de Arauco, acaso tal su verdadera entraña. La escritura de Alegría campea fresca y segura en zonas de mito y realidad, dando el esquema substancial del personaje, a cuyo resplandor se ligan el símbolo, el paisaje y los